



CAPITULO IV

Argumentos generales que militan contra el monismo.

525. En las consideraciones que preceden nos hemos limitado á poner de relieve la insuficiencia de la argumentación contraria á la tesis que venimos defendiendo. De esta suerte hemos derribado los diferentes fundamentos positivos de cada uno de los sistemas de monismo. Mas no conviene que hagamos alto aquí; antes procede reunir los hechos convenientes para probar que todo género de unidad substancial de la naturaleza es rechazado del modo más perentorio por la observación de la realidad y la reflexión sana. Cuanto con más claridad se despliegue ante nuestros ojos la esencia de las cosas, tanto más palmaria será la evidencia con que conocemos que las cosas no pueden encajarse de manera alguna en una unidad de esencia.

Como en toda otra cuestión, así también en la discusión del monismo debemos tener presente que en la ciencia no se trata de construir un sistema *a priori*, sino de interpretar hechos comprobados y reducirlos á sus verdaderas razones. Debemos tomar el mundo tal como es, y no acomodarlo á las fantasías que introduzcamos en él según nuestras subjetivas disposiciones de ánimo y veleidades pasajeras, cuidando de no dejarnos arrebatar jamás la persuasión de que el testimonio de nuestros sentidos, tanto de nuestros sentidos externos como de nuestra conciencia interna, nos ofrece, no meras apariencias, sino verdadera realidad. Hombres reales son aquellos con quienes nos habemos, bien con simpatía, bien con antipatía; son animales reales los que nos sirven en la casa y en el campo; son aves reales el halcón y la paloma que él persigue; son estrellas reales aquellas cuyo resplandor alumbrá

las tinieblas del cielo nocturno. Consignar el testimonio de nuestros sentidos con método científico, ministerio es de la lógica ó teoría de la experiencia. El que trate de dudoso este testimonio renuncie también á toda ciencia y á todo conocimiento, porque su pensamiento carecerá, lo mismo que su percepción sensitiva, de todo punto de apoyo bien afirmado. No se necesita más para derribar por tierra toda construcción monista, porque no hay monismo posible sino á condición de que se desatienda el valor objetivo de nuestro conocimiento. Sea consecuente el que se atreva á negarlo, y obre también conforme á su convicción en sus relaciones con los demás hombres y con respecto á los bienes y goces de esta vida. Si no quiere, ó, mejor dicho, si no puede, convéngase á lo menos de que se engaña á sí mismo y trata de engañar aun á los demás con sus ficciones monistas. Hay uno á quien no engaña ninguna mentira aunque se envuelva en el manto de la más brillante ciencia.

526. Comencemos por lo que más clara y fácilmente nos permite conocer la verdad, y es la *naturaleza humana*. Toda vez que no hay nada que nos interese tanto como nosotros mismos, es natural que lo humano levante la más alta protesta contra aquella tentativa de resolverlo, junto con todo lo demás, en uno. Mediante la conciencia que de sí propio tiene, todo hombre concibe su propio ser como causa real de su actividad. Percibo en mí una corriente de pensamientos, afectos, juicios, voliciones, odios y amores, tristezas y alegrías, y á mí mismo me conozco como sujeto y raíz de todos estos fenómenos. Del modo más claro me conozco como sujeto de aquellos hechos que me he resuelto á llevar á cabo con libre determinación de mi voluntad. Con esta que puedo llamar mi propiedad ó peculio me pongo enfrente de otros fenómenos que suceden fuera de mí, presentándose á mi espíritu, si no como hostiles, como extraños; de manera que con la mayor evidencia me distingo de las cosas que fuera de mí hay. Yo soy el autor responsable de mis acciones, á las cuales me determino yo mismo de manera tal que llevo en mí la conciencia de haber podido determinarme á otra cosa si hubiese querido. A mí mismo, y á ningún otro, imputo muchas de mis acciones, teniéndolas por dignas, bien de elogio y recompensa, bien de censura y castigo. El hombre que tiene conciencia de sí mismo se concibe como un ser uno en sí, separado é independiente de todo otro ser, y no como fragmento de una substancia homogénea, ni como hoja de un árbol, ni como espuma de una ola, conociendo que subsiste y obra por sí solo, y no como parte de otro ser del cual serían otros tantos fragmentos los demás hombres, los animales y las piedras. De esta suerte la pluralidad de las conciencias humanas abre en la soñada unidad del universo mi-

llones de hendiduras que en ninguna parte se cierran aunque se arrojara en ellas todo el mundo. Llámese enhorabuena *fenomenal* este yo que en la conciencia de cada individuo surge aislado de los millones de otros "yoes", en el yo fenomenal, ó mediante él, se presenta cada vez, indudablemente, un yo real substancialmente distinto de todo otro yo. A admitir esto nos compele la más rigurosa é inexorable necesidad lógica, ó mejor diremos la más clara evidencia de las cosas, especie de roca contra la cual solamente la locura podrá arremeter. ¿Qué ojos abriría el rapaz en la escuela si su maestro le dijese que aquel guerrero aficionado á las coplas ¹ había tenido á su buen compañero de armas atravesado por la bala, por un pedazo de sí mismo, ó que aquel valiente caballero de Suabia había, solamente al parecer, partido por medio con su famoso sablazo á un turco, pero cortado realmente por la mitad á su propio ser? En general, el que quisiese de hecho poner en tela de juicio la verdadera pluralidad de los hombres en la prosa de la vida de todos los días, abrigando seriamente la persuasión de que en sus contiendas de ciencia ó negocios no se las há con otro agente, sino solamente con otra acción del sujeto de su propia actividad, no lograría hacer dudosa esta base generalmente reconocida de toda operación práctica, pero sí la sana comprensión de su entendimiento.

Verdad que hasta la saciedad es confirmada por la conducta de aquellos mismos señores que tan bellas cosas dicen sobre la pura fenomenalidad del yo humano, porque no dejan dudar á nadie un solo momento de que su propio yo es una "sombra", por demás sensible, pagada de sí misma, presuntuosa y rehacia á toda tentativa de identificarla con todo otro yo.

Constando una vez con inmovible certeza la distinción esencial entre los hombres, consta igualmente que las demás cosas no son determinaciones de una sola cosa. El cazador y el ciervo herido, el tigre y el indio á quien despedaza, el ave de rapaña y el pobre gorrión, son todas existencias separadas. Lo mismo debe decirse de los diferentes vegetales, que son muchos individuos orgánicos, de los que cada uno posee su desarrollo acabado en sí.

Esta argumentación antimonística es concluyente. ¿Acaso hay nada que oponer á ella?

527. Lo que se ha aducido contra ella fundándose en observaciones de la realidad es tan débil, que sería perder el tiempo y la tinta ocuparse en ello más que muy someramente. Hay, por

¹ El autor alude á un cantar muy popular que llaman del *buen camarada*, á quien mata una bala enemiga al lado de su fiel compañero de armas, el cual dice viéndole tendido en el suelo: «*Er war ein Stück von mir; fué un pedazo de mí mismo.*» (Advertencia de la Traducción.)

ejemplo, quien nota que el yo puede oponerse en el sueño á dos, tres ó más yoes, que al cabo son realmente idénticos con aquel primer yo; de ahí que podría ser muy fácilmente que fuesen igualmente aparentes semejantes yoes, pero en realidad idénticos conmigo mismo aquellos á quienes veo estando despierto, con quienes riño, de quienes me hablan ó leo en los periódicos. Quien tal dice desconoce totalmente la naturaleza del sueño, que consiste solamente en la reproducción y combinación de impresiones recibidas, las cuales proceden de un mundo real. Otra dificultad se pretende suscitar con aquellos monstruos de dos hombres que parecen formar un individuo, ó de un hombre con dos cabezas, y por tanto con dos conciencias y dos individualidades. Cuando se trata de casos como éstos, conviene tener presente un apotegma de ARISTÓTELES. "Donde se trata de averiguar la naturaleza de una cosa, dice el Estagirita, es preciso fijar la atención en los fenómenos más naturales, no en los que se apartan de la norma 1., Conforme á los hombres normales hemos de juzgar de la individualidad y pluralidad de las substancias humanas, y conforme á estas razones fijas habrá que juzgar de casos que se salgan de lo normal, siquiera puede darse el caso de que *nuestro conocimiento* no consiga desvanecer las tinieblas que nos impiden distinguir si la criatura que tenemos delante es uno ó dos individuos.

528. En el argumento anterior hemos partido de la conciencia que el *hombre* tiene de sí mismo. Mas podemos también colocarnos en base más ancha haciéndonos cargo de aquella especie de conciencia que está dentro de la esfera de la vida sensitiva, y, por lo tanto, que es comun, no solamente á todo hombre, sino también á todo animal. Basta observar las múltiples manifestaciones de la vida sensitiva para notar que se revela en la conciencia de todo ser sensitivo aquella propiedad, merced á la cual una cosa subsiste por sí sola, y no como parte de otra. "Sería posible que esta conciencia determinase toda la actividad del animal si no reuniese las diversas percepciones en cierta unidad, y si no radicase en *un mismo* principio vital, junto con las fuerzas en acción? Cuanto más variada es la perfección sensitiva y la acción de las demás fuerzas, tanto más se pone de manifiesto aquella unidad de ser. Agréguese ahora que los animales no sólo nacen cada uno por sí del semen, y se desarrollan y obran, sino que también se colocan el uno enfrente del otro, ora desavinándose y combatiéndose, ora aproximándose y auxiliándose, gracias precisamente á su conciencia y al sentimiento que tienen de sí propios. ¿Dónde se encuentra en la naturaleza un organismo cuyos miembros subsis-

¹ De *Republ.*, lib. I, cap. V, l. 254, n. 36.

tan, vivan y perezcan de esta manera cada de uno por sí, ó en que cada uno tenga una conciencia aparte, y por ésta se deje guiar en relación con los demás?..

Lo dicho se confirma cuando consideramos bien la naturaleza del conocimiento. Si los animales no fueran más que accidentes, ó partes de una substancia más fundamental y una en sí, tendríamos que suponer que una substancia una en sí podía tener más de una conciencia y más de un conocimiento, lo cual es imposible, puesto que el conocimiento es una operación inmanente en la substancia, esto es, que no pasa de la substancia que lo ejerce á otra, sino que permanece en la misma, y la conciencia sensitiva consiste en que un ser dotado de sentido se hace cargo en cierto modo de lo que obra y padece. Luego cuantas veces la conciencia y el conocimiento aparecen en sujetos separados, tantos principios subsistentes por sí mismos debe haber. Es verdad que también un ser uno en sí puede tener muchos conocimientos; pero entonces es claro que éstos son muchos solamente en cuanto al contenido, que no en cuanto al principio mismo que los posee. Así como en un animal cada órgano no puede tener su propia y particular conciencia ó conocimiento, tampoco los individuos naturales, si fuesen órganos de una substancia una en sí, podrían conocer objetos cada uno por sí, ni hacerse cargo de sus propios y particulares conocimientos y afectos.

Esta consideración abre otra brecha desde lo más alto hasta lo más profundo en toda la construcción del monismo. Que si los animales representan una pluralidad real de substancias, no puede dudarse ya tampoco de que la misma distinción tiene separados á los demás seres naturales.

529. Volvamos ahora nuestra mirada á la vida orgánica *vegetativa*. Que la vida vegetativa como tal presupone un principio particular de tendencia al fin, entenderáse con evidencia forzosa en cuanto se tenga en cuenta la capacidad, inmanente en cada uno de los organismos vegetativos, de desarrollarse hasta cierta perfección y propagarse hasta lo infinito, y la singular virtud que alcanza para curar un número indeterminado de lesiones, cuya variedad es igualmente indeterminada. Mas esta actividad y tendencia perfecta es en sí, y peculiar á cada organismo en especial. No es, pues, el mismo principio de tendencia el que aspira á la vida en el árbol y el que se la chupa en el parásito. En cada organismo la actividad entera lleva el sello de una conspiración, una y acabada en sí, y enterizada á que la cosa se busque á sí misma mediante la elaboración, evolución y conservación, tanto del ser in-

1 Κλερυοεν, *Filosofía antigua*, núm. 782.

dividual por la nutrición, como del ser de la especie por la generación, siendo el mismo ser el constructor, la construcción y el material, y descansando en un mismo principio la aspiración, la ejecución y la consecución del fin, y esto de manera que este principio no radica más hondamente ni alcanza á más que el organismo mismo. Estúdese si no qualquiera forma orgánica, ya sea tan extraña como la del gallo de la India, ya tan asquerosa como la de un sapo; eso no es ningún fragmento; antes es un ser uno y cabal, como que ha salido de un molde acabado, y aun se pudiera decir que un pensamiento uno y completo ha tomado cuerpo adecuado en esos miembros armoniosos. Hay que contemplar, no áridos herbarios, no gabinetes de animales disecados, sino á la naturaleza misma en su abundancia, viveza y agilidad, para quedar convencidos de que ahí tenemos una verdadera pluralidad de ideas hipostasadas, pensadas y realizadas por aquel Uno que es el autor del mundo. El hombre escribe con letras; Dios con mundos.

La realidad de la naturaleza es la prueba más concluyente de que no debemos ver en los diferentes organismos ni meros fenómenos, ni meros accidentes, ni fragmentos, ni fracciones de una substancia una y más profunda. Todo organismo subsiste por sí, es un ser *perfecto* según su especie, posee unidad acabada en sí; no es un ser fragmentario, separado de otros individuos en cuanto á su ser, separado además en cuanto á su origen, su desarrollo, su muerte, y se presenta como principio acabado, en su especie, de una actividad propia. ¿Cómo, pues, negarle el carácter de substancia perfecta, toda vez que ser substancia no dice más que ser punto de partida de una actividad subsistente, separada y acabada en sí?

530. Vamos á ensanchar aún más nuestro horizonte. Sin duda es ante todo en el reino de los seres orgánicos donde se manifiesta palpablemente la distinción y separación de los seres naturales en formas de existencia de índole particular y á la vez acabada en sí, hasta los más insignificantes pormenores de la estructura y aun en cada elemento particular corpóreo. Más aún: las cosas inorgánicas muestran ser sujetos de una actividad acabada en sí que parte de ellas, y por tanto presentan una verdadera pluralidad de substancias. Las substancias corpóreas están repartidas en el espacio. Ninguna cosa está exactamente allí donde está otra. La Física nos da á conocer acciones de las cosas inorgánicas, que se extienden, multiplican ó aumentan según que la materia es extendida, multiplicada ó aumentada. Donde hay muchas esferas de acción distintas y separadas, allí hay también muchos sujetos distintos y separados de esa acción. La Química enumera crecido número de substancias distintas en las que reconoce un tipo especifi-

camente distinto. Es verdad que, según observa WIGAND, el ser natural específico aislado es por una parte el depositario de la normalidad natural universal, ó sea el sujeto de propiedades universales, como la extensión, la atracción, el calor, etc., las cuales producen los mismos efectos en circunstancias iguales; por otra parte, empero, el ser natural singular, con su peculiaridad específica, está enfrente de la acción general de la naturaleza como un tipo que lleva un sello claramente marcado. Esta índole peculiar se manifiesta, según dice el citado sabio, descendiendo á pormenores: a) en una *modificación* específica de las cualidades generales; b) en una combinación peculiar de las cualidades determinadas; c) en una cualidad nueva y superior que aparece en los seres compuestos y es distinta de las cualidades de los elementos ¹. Mas si cada clase de los seres naturales posee su particular estructura, agrupación y limitación; si en todo cuerpo que se presenta con carácter peculiar á la Química se encuentran determinada afinidad química, saturabilidad, capacidad calorífica y conductibilidad eléctrica, y un determinado volumen específico; si en el carácter de cada especie se halla un tipo particular, el principio causal que impera en toda la naturaleza exige que no consideremos como fortuita la reunión de las cualidades mencionadas, sino que posean su razón de ser en una necesidad natural intrínseca, perfectamente determinada y delineada, y que, por lo tanto, sean la manifestación de una razón peculiar y separada de toda otra. Luego deben de existir muchas substancias particulares y diferentes entre sí.

“Jamás, dice WIGAND, llegamos á un principio *general*, cual sería una fuerza fundamental universal que, semejante á un torrente, corriese por el mundo, invadiese los cuerpos y se hubiese diversificado en las diversas fuerzas que solemos distinguir. Todo paso que da esa fuerza general al singularizarse produciendo otra, pide una causa particular todavía no dada en aquella fuerza primordial. Aun cuando nos imaginemos la fuerza madre como fuerza determinada, por ejemplo, como el calor; suponiendo que andando los tiempos, sin que hubiese necesidad de producirse una fuerza nueva, se haya transformado en las demás, aún no habremos satisfecho á la realidad, puesto que, según la máxima, que no hay ningún efecto sin causa, debe de haber una causa especial para cada una de esas transformaciones... La naturaleza es, por este concepto, comparable á una fábrica que trabaja solamente con fuerzas humanas, ó bien á un ejército que tiene tantos centros ó manantiales de fuerza como obreros ó soldados, y cuya producción

¹ El *Darwinismo*, tomo II, págs. 117-116.

resulta de la adición de muchos trabajos singulares. Cierto es que son condiciones esenciales del efecto también la cooperación sistemática y la unidad de organización y dirección; pero un factor tal como el dueño del establecimiento industrial ó el general en jefe, que son ambas potencias reales *dentro del todo*, no se encuentra en la naturaleza misma con respecto á su efecto total ¹.. Hemos dado la palabra á WIGAND para que se vea que la contemplación imparcial de la naturaleza conduce siempre á la concepción peripatética del universo.

521. Atendiendo, por último, á la tendencia teleológica de las cosas, aunque no obtenemos ningún argumento nuevo á favor nuestro, pero sí se nos presenta de otro lado el que ya hemos empleado. El fin es una idea, una y acabada en sí, que sirve de dirección en la ejecución, y se revela á nuestro conocimiento en la armonía de la cosa ú obra terminada. En lugar anterior vimos que el fin interno en la naturaleza descansa en el fondo de la esencia y aun constituye la esencia misma. Por consiguiente, cuantos fines intrínsecos y acabados en sí (esto es, tendencias teleológicas) hay en el mundo, otras tantas substancias realmente distintas deben ser reconocidas. Es así que de semejantes fines hay una verdadera pluralidad (núm. 231); obsérvense sólo los mil y mil trabajos realizados en un solo organismo, y pronto se notará que están dirigidos por esa única é íntegra tendencia hacia el fin que aspira á la realización y conservación del todo por su lado individual y específico, y que en él halla su término y conclusión—al menos bajo el concepto predominante y, de consiguiente, único que debe influir en nuestro juicio, resultando de toda la complicada cooperación de tantos factores un todo concluído y cabal, siempre acabado en sí mismo y perfectamente deslindado de todo otro. “En las plantas, dice TRENDLENBURG, el fin ejerce una influencia individualizadora, la cual se manifiesta en la asimilación, en la transformación de las substancias inorgánicas en orgánicas, en el plan del tipo y en la propagación de la especie; en el animal se revela produciendo formaciones más y más centralizadas, y su importancia crece de punto interiormente en el afecto y apetito, y al exterior en los instrumentos delicadamente organizados, hasta que representa un destino ético en el hombre mismo, dotado de reflexión y voluntad ².. Cada hombre llena su vida realizando fines que él mismo se tiene propuestos como ser completo y circunscrito á su individualidad, y todos ellos en el fin supremo de que el hombre—como ser completo, acabado en sí y responsable de sus actos—se conforme en

¹ El *Darwinismo*, tomo II, págs. 107 y 176.

² *Disquisiciones lógicas*, tomo II, pág. 79.

todo y por todo al orden establecido por un poder superior y santo. A este fin único y más noble se sujeta todo, hasta la conservación de la existencia vegetativo-animal, y por él sólo se decide si un hombre individual es bueno ó malo.

Por lo mismo que el número de los fines totales en la naturaleza es inmenso, se hacen posibles esos millones de encuentros y colisiones que se ha explotado de manera tan indigna de la ciencia, designándolos como "lucha por la existencia", especie de concurrencia en la cual muchos seres individuales no alcanzan por completo su fin especial. No todo en el mundo es un desarrollo; antes el fin de la universalidad del mundo requiere que muchas cosas no lleguen á desarrollarse conforme á su naturaleza; de aquí se sigue que este fin esté fuera de las cosas naturales individuales, lo cual quiere decir que las cosas naturales no son en su verdadera esencia y acción partes de una cosa, sino realmente son muchas cosas completas. De esta suerte la pluralidad de los fines intrínsecos indica una pluralidad real de cosas. "El fin intrínseco, dice el autor á quien acabamos de citar, es el verdadero principio individualizador del mundo". De muy buena gana quisiéramos subscribir esta tesis, por cuanto en el individuo se manifiesta el tipo específico, puesto que el fin intrínseco da á la cosa primero su perfección y limitación típica, y en consecuencia de ésta su circunscripción individual; empero la individualización como tal tiene su principal razón de ser en la materia (números 257 y 351). La simple observación de la célula orgánica basta para convencernos de que la abundancia de la materia es la que inicia la separación, partición y multiplicación. En cuanto á las cosas destituidas de órganos, hay que mirarlas de más cerca para advertir que los procesos que en ellas se verifican conspiran á un fin. Cada una de estas cosas inorgánicas desarrolla en sí una combinación bien delineada de acción continente y expansiva, realiza movimientos de molécula á molécula y estados de electricidad, etc., cuyo resultado es uno en sí, porque es el ser específico de cada elemento, tal como vuelve á presentarse siempre con matemática precisión. Lo que hay de variado y dispar en cada molécula está enderezado á un fin uno en sí y rigurosamente deslindado de toda otra especie, siendo de notar que aquello que endereza no está fuera ó encima de la cosa, como sucede en la máquina, sino que habita en aquello que es enderezado. Así como los animales ponen de manifiesto la disparidad de sus substancias poniéndose el uno enfrente del otro, bien como amigos, bien como enemigos, las substancias inorgánicas muestran la misma disparidad, colocándose la una frente á la otra con su

⁴ *Disquisiciones lógicas*, tomo II, pág. 72.

ser peculiar á fin de realizar encuentros, repulsión, combinación, permutación de cualidades, etc.

332. ¿Pero no son los fines de las cosas singulares á la vez fines parciales del único y gran fin del mundo, así como los fines de la mano, de la oreja, de la rodilla están contenidos como fines parciales en el fin único de todo el organismo? Tomada en cierto sentido, habría que contestar á esta pregunta afirmativamente. No obstante, el punto decisivo es éste: ¿posee ó no posee el único gran fin del mundo en el mismo mundo un principio de tendencia que, siendo uno é inmanente en el mundo, lo comprenda todo? Ó en otros términos: pregúntase si el fin del mundo es uno, no solamente á causa de su contenido, que es uno, y del principio supramundano, que siendo uno también es el primero en concebir el fin, sino también á causa del principio próximo, igualmente uno, de que partiría la tendencia.

De nuestras anteriores aclaraciones podemos deducir sin dificultad que un principio teleológico uno, un "alma", no habita en el mundo; con todo, vamos á repetir aquí con algunos más pormenores lo que ya en otro lugar indicamos brevemente (núm. 523).

Si contemplamos las cosas tales como son, debemos decir que ostentan una individualidad tan marcada que es de todo punto imposible ver en ellas miembros de un organismo universal, lo cual se muestra con la mayor claridad en las cosas orgánicas, y particularmente en el hombre. Si los sostenedores de la teoría del alma universal tuviesen razón, la pluralidad de los hombres serían, respecto de todo el cosmos, lo que las hojas ó las células cerebrales son respecto del organismo entero. Desvanécese como la niebla semejante idea no bien deja uno de vivir encerrado en especulaciones *a priori*, saliendo á respirar las frescas auras de la realidad. Cada hombre es un todo, bien que, según su apariencia externa, su pequeñez le haga perderse en el universo; según su inteligencia y libre voluntad, cada hombre forma en sí mismo un mundo rico y acabado en sí, cuyo valor é importancia sobrepujan con mucho al gran universo material. Y del mismo modo que cada hombre, también cada planta y cada animal acaba en sí como substancia entera y cabal. Las demás cosas de que vivimos rodeados, el tintero en el escritorio, los harapos del mendigo, la piedra en el suelo, no son unidas al universo con lazos más estrechos que el hombre y el perrito. Luego debemos seguir manteniendo que harapos, piedras y estrellas no son cosas animadas de un alma una y universal.

Cuando comparemos el universo con cosas de cuya naturaleza no se duda, echamos de ver al punto lo que hemos de pensar de ese alma del mundo. Consta que un reloj de bolsillo, un fuego ar-

tificial, un ejército formado en orden de batalla, un gran concierto, una locomotora, no tienen ningún alma, ningún principio íntimo de tendencia, á la par que nadie duda que de tal principio son animados el caballo y el roble. ¿En cuál de las dos clases debemos colocar el universo? volvemos á preguntar: ¿entre aquellos grandiosos fenómenos en los que una inteligencia existente fuera de las cosas ha dado orden y unidad á una pluralidad innumerable, ó entre los organismos perfectos, cuales son la planta y el animal? En el organismo, la manifiesta superioridad de la vida orgánica sobre la evolución de procesos químicos y físicos, la ilimitada capacidad generativa, la actividad curativa aplicada á los casos más variados, nos indujeron á admitir que en el propio organismo está la razón de ser una la conspiración y armonía. No valen estas razones respecto del universo. El universo es *único*, y no es más capaz de engendrar universillos que un barco ó un reloj de comunicar la existencia á otros individuos de su propia especie. Cuando se habla de perturbaciones que el mismo universo "remedia", no se olvide que se trata en tales casos de acontecimientos que después de largos intervalos se repiten regularmente, ó de otros de índole tal que el mecanismo mismo, considerado como proceso independiente, realiza la curación. Llámese, pues, en hora buena orgánica la unidad del universo, mirando á las relaciones naturales que en él establece la simple coexistencia de las cosas (núm. 522); pero, en atención á la verdad, esa pluralidad de los principios que originan aquellos procesos debe equipararse á la unidad de la máquina, del mecanismo, puesto que los fines de las diferentes cosas naturales están incluidos en el fin uno del mundo, como los fines de los tornillos, ruedas, manos, etc., están contenidos en el fin del reloj entero, ó como en un tercio de ejército el fin de todo él comprende en sí los fines del mosquetero, dragón y artillero, y los del ros, de las polainas y de la cartuchera.

533. Fuerza es confesar que el monismo cósmico es impotente por completo para resolver el gran "enigma del mundo". Descaminados andan los filósofos amantes de la naturaleza que en él buscan la luz á que anhelan; se han puesto delante de una montaña que ningún retintín de neologismos ayuda á salvar. Llámese "ingenio del mundo, y "fantasía del mundo", con FROHSCHAMMER, ó "el yo oscuro del universo", con NOIRÉE, lo que FECHNER denominaba "suprema ley del mundo", OERSTED "idea del mundo", BURDACH y otros fisiólogos "organismo del mundo"; lleve el nombre que quiera, el monismo que lo amasa todo en un ser es tan insostenible como el atomismo que lo hace todo astillas. Bien se atavie la mónada con el ropaje brillante de la Divinidad, bien se presente con el disfraz repugnante de Satanás, bien se la circunscriba á

la naturaleza, siempre es introducir en el mundo violentamente una idea que no se ha hallado en ella, y á la cual la realidad se opone con todos sus bríos, y es despojar á las cosas singulares de la independencia que les corresponde según el testimonio de todos los hechos observados, enredándose al mismo tiempo el tal sistema en un tejido de antinomias y desmintiéndose á sí mismo. Solamente la pluralidad de las cosas del mundo causada y mantenida por una causa primordial del ser, una y supramundana, es lo real. Hay en el universo mundo inteligencia, razón, idea, vida, tendencia teleológica, ley, ser. Pero todo esto no es uno, y sí son *muchos* seres. Los hombres, animales, plantas y todos los seres naturales, *son* en realidad lo que *parecen ser* al observador atento: substancias individuales, distintas unas de otras, exactamente como lo sostuvo siempre el hilomorfismo de la Filosofía antigua.

Muchas veces se ha levantado por parte de los naturalistas, contra los filósofos, la acusación de que emprendían el examen de la naturaleza con ideas preconcebidas que encerran á la naturaleza viva en los estrechos moldes de su propia invención. Injusta es esta acusación respecto de los filósofos de la escuela antigua; pero bien justificada cuando se la dirige contra la Filosofía de los tiempos modernos. Nuestros filósofos alemanes, en cuanto profesan el monismo, no han procedido como investigadores, sino como constructores del mundo, no como pensadores, sino como incubadores de fantásticos conceptos. Otra cosa sucede con otro monismo en el que tenemos que ocuparnos más adelante; éste no tiene su origen en la Filosofía, sino en la observación mecánica de la naturaleza, ó más bien en la apoteosis de la *Ura*, ó materia.

